

## UNA REFLEXIÓN EN TORNO AL PESEBRE

*“Hoy en la ciudad de David, os nacido un Salvador,  
que es el Mesías, el Señor” (Lc. 2, 11)*

El año recién pasado, 2023, se conmemoraron 800 años de la primera representación de la Natividad que realizó san Francisco de Asís para la Nochebuena del año 1223, en una cueva de Greccio, en la región del Lacio, en Italia. En este paisaje, sobre una cumbre, enmarcado en un frondoso bosque donde solía retirarse a meditar, san Francisco identificó una cueva, similar a la de Belén y, decidió conmemorar allí, la Natividad de Jesús.



Invitando a sus hermanos y a todos los habitantes del lugar, recreó la noche del nacimiento de Cristo con una ceremonia singular. Este pesebre contó con un buey y un burro, tal como había sucedido esa noche, colocados junto a heno fresco. Francisco quería



revivir y contemplar este hecho tan significativo y trascendental para nuestra fe, y que todos observaran en profundidad cómo Cristo vino al mundo pobre, sencillo y humilde. Esta contemplación con los ojos del alma y del cuerpo, era un ferviente deseo de acompañar a Dios hecho hombre, en su pequeñez, vulnerabilidad, observando como su amor inconmensurable lo llevó a encarnarse en un niño indefenso, para salvarnos del pecado. Fue un hecho único e irrepetible en que se revivió en muchos corazones allí presentes, este misterio de fe.



En la cristiandad la fiesta de Navidad asumió una forma definida en el siglo IV, cuando tomó el lugar de la fiesta romana del "*Sol invictus*" o el sol invencible, poniendo en relieve que el nacimiento de Cristo es la victoria de la verdadera luz sobre las tinieblas del mal; sin embargo, es en la Edad Media, con san Francisco de Asís, que el pesebre o nacimiento, como representación, tiene su comienzo.

Tomás de Celano narra que, en aquella noche de Navidad, le fue concedida a Francisco la gracia



de una visión maravillosa. Vio que en el pesebre yacía inmóvil un niño pequeño, que se despertó del sueño precisamente por la cercanía del santo. Y añade: “No carece esta visión de sentido, puesto que el Niño Jesús, sepultado en el olvido en muchos corazones, resucitó por su gracia, por medio de su siervo Francisco, y su imagen quedó grabada en los corazones enamorados”.



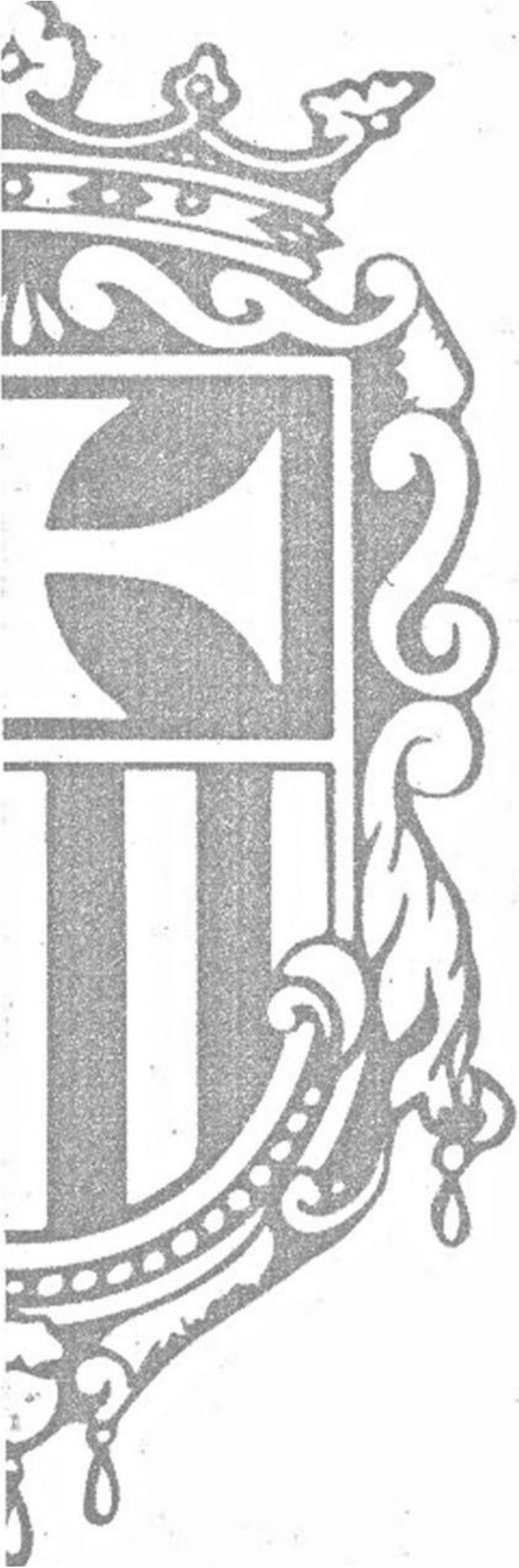
El Papa Benedicto XVI, en su alocución de Navidad en 2009, señaló: “En ese Niño se manifiesta el Dios-Amor: Dios viene sin armas, sin la fuerza, porque no pretende conquistar, por decir así, desde fuera, sino que quiere más bien ser acogido libremente por el hombre; Dios se hace Niño inerte para vencer la soberbia, la violencia, el afán de poseer del hombre. En Jesús, Dios asumió esta condición pobre y conmovedora para vencer con el amor y llevarnos a nuestra verdadera identidad. No debemos olvidar que el título más grande de Jesucristo es precisamente el de “Hijo”, Hijo de Dios; la dignidad divina se indica con un término



que prolonga la referencia a la humilde condición del pesebre de Belén, aunque corresponda de manera única a su divinidad, que es la divinidad del “Hijo”. Su condición de Niño nos indica además cómo podemos encontrar a Dios y gozar de su presencia. A la luz de la Navidad podemos comprender las palabras de Jesús: “Si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). Quien no ha entendido el misterio de la Navidad, no ha entendido el elemento decisivo de la existencia cristiana. Quien no acoge a Jesús con corazón de niño, no puede entrar en el reino de los cielos; esto es lo que san Francisco quiso recordar a la cristiandad de su tiempo y de todos los tiempos, hasta hoy.”



Asimismo, el Papa Francisco, en su carta apostólica “Admirabile signum”, de diciembre de 2019, dada en Greccio, en el Santuario erigido en el lugar elegido por san Francisco, señala refiriéndose al pesebre: “El hermoso signo del pesebre, tan estimado por el pueblo cristiano, causa siempre asombro y admiración.”



La representación del acontecimiento del nacimiento de Jesús equivale a anunciar el misterio de la encarnación del Hijo de Dios con sencillez y alegría. El belén, en efecto, es como un Evangelio vivo, que surge de las páginas de la Sagrada Escritura. La contemplación de la escena de la Navidad, nos invita a ponernos espiritualmente en camino, atraídos por la humildad de Aquel que se ha hecho hombre para encontrar a cada hombre. Y descubrimos que Él nos ama hasta el punto de unirse a nosotros, para que también nosotros podamos unirnos a Él”.



María Dolores Silva Rodríguez

Museo La Merced

Diciembre, 2024